

dos de toda la gente de la aldea, subieron las cinco gradas de piedra, colocando á la entrada el ataúd; allí mismo donde ella tenía la costumbre de recibir todas las mañanas á los pobres y á los enfermos, distribuyendo alimentos, caldo, medicinas, unguentos, trapos y vestidos, curando de rodillas las llagas de los heridos. Aquellos mismos bancos de nogal, sobre los cuales extendían sus piernas deformes ó mutiladas, los pobres heridos ó enfermos, servían en aquel entonces para sostener el ataúd. Así, puede decirse, que aun después de muerta se apoyó sobre los propios instrumentos de su caridad. Un llanto general surgió en aquel momento de los mil comprimidos corazones de todo aquel pueblo de aldeanos.

Cada uno de ellos se iba acercando á la pila de agua bendita de su lecho, para mojar una rama de boj y esparcir aquella agua, mezclada con sus lágrimas, sobre el ataúd. Durante esta parada, bajo el modesto techo de su juventud y de sus amores, retíreme, yo solo, dentro su cuarto, sumergiendo mi rostro entre las almohadas de aquel lecho vacío, desde donde escuchaba el prolongado choque de los zuecos de los hombres y mujeres que subían y bajaban sin cesar, las gradas de piedra de la entrada, para ir á su turno á arrodillarse y orar junto al vestíbulo. Así estuvimos esperando los primeros resplandores del alba, antes de emprender nuestra ruta por los elevados desfiladeros de la montaña, cubierta de nieve en polvo, revuelta por el viento norte, allanando los senderos y llenando los surcos, Aquellos senderos podían resultar por la noche peligrosos para el reducido cortejo que debía trasla-

dar el cuerpo desde la casa de Milly al cementerio de Saint Point.

Tan luego el alba apareció por las lejanas cumbres de los Alpes, volvimos á emprender nuestra marcha, escoltados hasta la altura de la primera colina que domina el jardín y las viñas, por todos los habitantes de la aldea. Nos despedimos de toda aquella gente, á la que parecía que arrancábamos su providencia, á la entrada del valle, internándonos nosotros con un pequeño grupo de ocho aldeanos vigorosos, por el escabroso y estrecho desfiladero que sube hasta el pico de aquellas montañas llamado *La cruz de las señales*.

Iban delante cuatro hombres explorando el camino y separando la nieve, y otros cuatro conducían el féretro. Yo seguía solo á mi madre, por las huellas que sus conductores dejaban sobre la nieve que en algunos puntos nos llegaba hasta la rodilla. Sólo el silbido producido por el viento norte se dejaba oír en aquellas soledades. Dos pajaritos extraviados, tiritando de frío, sin ver ningún punto sólido en que posarse, vinieron á descansar un momento sobre el paño de luto que cubría el féretro y que los portantes habían dejado en la saliente de una torrentera, mientras rompían con su cuchillo la nieve helada en sus zuecos de madera. ¡No sé por qué aquellos pobres pájaros extraviados, buscando asilo y socorro sobre un ataúd, me hicieron derramar lágrimas abundantes! ¡Aquello me recordó, sin duda, cuantas miserias y cuantas tristezas habían encontrado asilo en aquel corazón mientras tuvo vida! Los tristes pajarillos gorjearon durante algunos minutos uno ó dos trinos plañideros, em-

prendiendo luego el vuelo hacia la parte de Saint-Point delante de nosotros. Pensé en aquel momento en las dos almas de Cesarina y Susana, llegando á figurarme que habían venido bajo aquel símbolo alado, para recoger la de su madre, precediéndola en el lugar de su descanso eterno. ¡Cómo se explica uno las supersticiones del corazón cuando se encuentra éste emocionado y lejos de la influencia de la razón! Hay momentos en los que todo hombre es mujer, en los que toda virilidad es apagada por las lágrimas.

Nuestro viaje, cuya distancia se recorre durante la primavera, en un par de horas, duró siete, en medio de aquel océano de nieve, cuyas grandes oleadas parecía que iban á tragarnos á cada instante. Había sitios entre las torrenteras, tan profundos y peligrosos, y en los cuales sólo nos guiábamos por los negros y gigantescos esqueletos de los castaños inclinados sobre el abismo, que en ellos nos hubiéramos precipitado y perecido, sin la destreza y el vigor de los sufridos aldeanos de Milly.

El peso de su preciosa carga les infundía sin duda confianza y valor. Llegábamos á Saint-Point al caer de la tarde. Depositamos (como habíamos hecho en Milly) el ataúd en el cuarto y sobre el lecho de mi madre, el cual después de algunos años vino á ser el mío. Yo me encerré en un aposento que une al gabinete con el dormitorio, y extendiendo un colchón sobre el suelo, empecé allí la vela, teniendo abierta la puertecilla de comunicación: era la postrera noche que aquellos sagrados restos debían pasar bajo su antiguo techo. ¡No sé

por qué me figuraba yo que prolongaba su presencia á mi lado al prolongar yo al suyo, mi vigilancia! ¡Sólo Dios sabe las lágrimas, las invocaciones, las bendiciones y revelaciones de aquella noche! Falto de fuerzas, me quedé dormido al amanecer cuando la campana llamaba ya á las gentes de los lejanos caseríos situados en las dos altas cadenas de montañas, la ceremonia de la segunda sepultura. No fué esta todavía su sepultura última, porque por una extraña coincidencia de circunstancias no premeditadas, parecía que la tierra tomaba, devolviendo y volviendo á tomar á su vez, aquellos restos tan venerados y queridos, que parecía no haber medio de desasirnos de ellos, disputándolos hasta la misma tumba. Al dirigir mis miradas desde la ventana, sobre las dos inmensas pendientes de nieve que formaban el valle, pude observar como descendían unas como nubes negras por ambas pendientes, dirigiéndose á la iglesia y al castillo; aquellas manchas eran formadas por la agrupación de cuantas gentes viven en aquellas colinas. Toda la comarca congregada en duelo, enviaba, en alas del viento, un prolongado y general gemido.

Nada había dispuesto en el cementerio para una sepultura definitiva. La muerte nos había sorprendido sin tumba. Si á nuestra madre se le hubiese consultado (como se consultó después á nuestro padre) sobre el modo y el lugar de su reposo eterno, su humildad y su desprendimiento por cuidados semejantes, la hubieran, sin duda alguna, hecho pedir en su testamento el sitio que los pobres ocupan en la fosa común. Pero no tuvo tiempo de hacerlo; solamente había indicado vagamente alguna vez el

deseo de ser enterrada en Saint Point. Yo no podía decidirme á dejar perder por mí, por mis hermanas y por la innumerable familia de aldeanos, tan parientes por el corazón como nosotros por la sangre, el vestigio de aquellas venerables reliquias bajo un poco de hierba ó de musgo roído continuamente por los carneros en el cementerio de la aldea. Era indispensable para semejantes reliquias un relicario adecuado. Determiné por lo tanto, elevar un modesto panteón de familia donde poder reunirnos, si Dios quiere dejarnos morir donde juntos habíamos vivido, sufrido y amado tanto.

El sitio y la disposición del jardín de Saint Point se prestaban perfectamente á la realización de mi idea. Hay una colina elevada como el pedestal de un templo antiguo, en medio del valle que conduce á la iglesia y al castillo. La iglesia está situada en el terraplén y dentro el recinto el castillo, lo cual indica á primera vista haber sido en otros tiempos una dependencia y que, durante las pasadas edades no era otra cosa que la capilla de la mansión feudal. Hoy día los jardines de aquella mansión no están separados del rústico cementerio más que por una cerca de bosques y avellanos y por algunos viejos nogales, cuyas nueces, á merced de los pastores, como de todo el mundo, caen sobre las tumbas de los muertos. Los negros muros y el romántico campanario de la iglesia, unen en verano el umbrío fresco de su sombra á la sombra de la cerca de avellanos, dando á aquella parte del jardín un aspecto especial de obscuridad y recogimiento como la melancolía de un santuario. Este era el lugar predilecto de nuestra madre durante las cálidas

horas del medio día en la estación de las recolecciones. Veíala yo desde las ventanas de mi cuarto, sentada, con el libro ó el rosario en la mano, sobre un poyo de madera adosado á un cerezo que domina el zarzal, cuyas negras ramas cuajadas de fruto se inclinaban sobre su cabeza.

En medio de mi desesperación, experimentaba yo un dulce consuelo pensando en que mi madre iba á descansar para siempre en aquel lugar de su predilección en vida; en la misma sombra y bajo el mismo césped cubierto de hierba, de hojas y de frutos; en aquel jardín donde tantas veces había rezado, leído ó meditado sobre el porvenir de sus hijos.

Acordé construir allí mismo y sobre un terreno de propiedad particular el sepulcro que había de ser en lo sucesivo el objeto más estimado por nosotros. Pero como nadie puede responder hoy de inmovilizar ninguna propiedad, aunque se trate de la sepultura de una familia, y como la adversidad puede traspasar una tumba lo mismo que otra propiedad cualquiera, de una familia ú otra, me asusta el caso de que puedan los acreedores ú otras personas indiferentes en posesión del castillo y de sus jardines, y no quiero yo, de ninguna manera, que nuestros hijos ni nuestros nietos resulten desposeídos por expropiación ó venta, de los restos de una madre como de una cosa mundana y sin importancia, pasando el mejor día de mano en mano. Semejante profanación, próxima ó lejana, llenaba de escrúpulos mi corazón. Medité pues, y resolví luego lo que cumplí más tarde y fué: hacer donación al pueblo de la parte de nuestro jardín sobre el cual

se elevara el sepulcro, con la obligación de impedir la profanación ó la enajenación de ellos; y porque esta carga no resultase jamás onerosa á la parroquia, yo me encargaba en cambio de concederle sobre la colina, al lado de la iglesia, el terreno para construir una casa rectoral que le hacía falta. Encargándome yo mismo de costear el edificio, esta ley no podía ser negada por el municipio: aceptó el contrato tan ventajoso para él y que yo le propuse, y fueron á su tiempo firmadas las concesiones sin dificultad alguna.

No queriendo yo que durante mi vida ó la de las personas de la misma sangre que después de mí poseyeran aquella morada, el sepulcro, enclavado igualmente dentro del cementerio y del jardín, fuese sustraído á nuestros ojos y á nuestro culto doméstico, proyecté (y puse en práctica este proyecto en el más breve tiempo) un simple muro á la altura conveniente, tapizado de hiedra, al objeto de que dicho muro sirviese de límite entre el jardín y el cementerio, pero porque nos permitiese apoyarnos desde dentro sobre el sepulcro, y elevar nuestros recuerdos, nuestras oraciones y nuestras lágrimas sin ser vistos de nadie. Durante aquella lúgubre noche, junto al féretro del que por la mañana debía separarme, el instinto de ternura que residía en mí ante la última separación, me hizo concebir y combinar maquinalmente la creación de semejante sepultura; ya había yo empezado á entreverla allá en Mácon, y ya había también obtenido del gobierno autorización de colocar el ataúd bajo las losas de la iglesia, dentro de la vasta sepultura de los antiguos señores de Saint Point, de la ilustre casa

de los Rochefort. ¡Cuánto yo hubiera dado entonces para que el milagro que se produjo un siglo antes en aquella misma sepultura se hubiese reproducido ante mi vista y la de mi padre.

He aquí lo sucedido: Una joven marquesa de Saint-Point, á la que se creyó muerta á causa de un prolongado desvanecimiento, acababa de ser enterrada en una fosa abierta en la bóveda de la sepultura; ya la piedra que debía cerrarse bajo los pies del sacerdote estaba colocada sobre el sepulcro. La noche del enterramiento, al bajar el campanero de tocar el *Angelus*, le pareció oír gemidos bajo las losas sepulcrales. Lleno de espanto fuese en seguida el campanero á dar cuenta á las gentes del castillo de lo que había oído. Acudieron inmediatamente así el marido como sus desconsolados deudos y sirvientes y oyeron en verdad la voz subterránea. Levantóse la piedra, sellada desde por la mañana, bajóse á la tumba y encontróse viva á la que creían muerta. Volviéronla en brazos de todos y trocado el llanto en regocijo á su morada; y la joven y bella condesa dió prolongados años de felicidad á su esposo antes de descender, verdaderamente muerta, al sepulcro.

Yo había oído contar frecuentemente durante mi niñez al mismo campanero y á su vieja esposa semejante *milagro*, del que habían sido testigos y del cual se acordaban como ellos, los viejos. Pero ¡ay! no se repiten los prodigios tan fácilmente!

Al despertar el alba, fué transportado el ataúd de su lecho á la iglesia; seguidos por el llanto y el duelo de doce aldeas, atravesaron los restos de mi madre el jardín por el mismo sendero de los avella-

nos, donde yo había visto frecuentemente volver de la iglesia á aquella virtuosa mujer, radiante ó compungido su rostro de dicha ó de piedad. Mis propias manos ayudaron á bajar y colocar el cuerpo de mi madre en su eterna mansión.

Después de esta triste operación, me dirigí solo á la casa y me encerré en mi cuarto. Las lágrimas tienen su pudor como tantos otros sentimientos encerrados en lo más profundo del alma humana. Me dejé caer sobre una silla, la mano derecha sobre la cabeza y fijos los ojos en la iglesia, oía involuntariamente el toque melancólico de la campana, de cuyas vibraciones tanto gustaba, y que llorando entonces llevaba mi llanto entre sus sonidos á todas las colinas, penetrando en las cabañas de mis buenos amigos los campesinos.

Recuerdo solamente que los pensamientos que tuve aquella noche, hijos de la debilidad y de la fiebre producido por tantos días de emoción y de insomnio, se producían en mi cabeza vacía de ideas, al ruido del badajo de hierro sobre el bronce mientras lloraba el cadencioso unísono de la campana. Y no recuerdo más...

Breve sueño adormeció mis sentidos al venir la mañana. Después emprendí de nuevo acompañado de mis guías, bajo un sol glacial de invierno, que parecía un sarcasmo á la estación y al dolor, los nevados senderos de la montaña, en las que á cada paso corríamos nuevo peligro de ser sepultados. Tenía necesidad de ir corriendo á consolar á mi padre. Nuestro invierno fué algo más que un simple y frío invierno...

¡Así perdimos nosotros nuestra madre, y nuestra

pequeño comarca su Providencia, su santidad y su gracia!

¡Conservemos para nosotros aquella memoria! Por eso he copiado su manuscrito. Nosotros desaparecemos de la tierra uno á uno, acaso no tardando mucho, y llevaremos con nosotros el recuerdo de tanta ternura y tanto dolor.

Conservarán por algún tiempo estas páginas las huellas de la familia, pero después, también se trocarán en ceniza como nosotros. A esto queda reducido el libro; á esto queda reducida una generación.

FIN



